



Unamuno



LA DEL ALBA

GONZALO SANTONJA
Premio Nacional de Literatura

ALFONSO Fernández Mañueco, alcalde integrador y enemigo de las telarañas mentales, anunció a finales de año una programación intelectual ambiciosa en homenaje a Unamuno al cumplirse el 75 aniversario de su muerte, víctima descorazonada de la feroz guerra incivil, y pocos días después Juan Antonio Hernández, que bajo el sello de Hergar ha resucitado las beneméritas Ediciones Antema, me envió un ejemplar del primer título de esta nueva andadura: Unamuno, profesor y rector en la Universidad de Salamanca de Francisco Blanco Prieto, "a quien conozco sin conocer", porque las setecientas páginas de este libro revelan el perfil de un intelectual exigente, minucioso en los datos y cauto en los juicios, pegados a los hechos, y del que sólo disiento en matices.

Unamuno/ Salamanca componen un binomio imbatible, inexplicable Unamuno sin Salamanca y acentuada la personalidad histórica de Salamanca, la ciudad universitaria por excelencia, en la figura y obra del rector; el único rector vitalicio del Estudio en sus ochocientos años de historia. Como señaló el alcalde "la historia de Salamanca no podría explicarse sin Unamuno, al igual que su obra no podría entenderse sin la influencia de Salamanca". Tal para cual, páginas de piedra y ciudad de esencialidades.

Teórico de la intrahistoria, concepto a mi entender capital, don Miguel encarna la imagen del intelectual libre, apasionado de su libertad, "de mi santa libertad", incluida la facultad de "contradecirme si llega el caso", cálido éste que supo apurar con entereza moral situándose por muy por

Unamuno se ganó a conciencia libre la enemistad sañuda de *hunos y hotros*: en agosto de 1936 lo abominó la II República, decreto firmado por Azaña; en octubre lo abominó la España de la sublevación, decreto firmado por Franco

encima de las últimas circunstancias españolas. Esa actitud le valió la enemistad de *hunos y hotros*, rector destituido por los dos facciones cainitas, coincidencia que siempre debiera de recordarse así, sin cargar las tintas en un extremo dando al olvido el extremo contrario: en agosto de 1936 lo abominó la República, decreto firmado por Manuel Azaña; en octubre lo abominó la España de la sublevación, decreto firmado por Francisco Franco. De ambos bandos, de los *hunos*, "rojos y sangre", y de los *hotros*, "blanco y pus", se sintió distante y fue capaz de manifestarse desafecto, cincelando unas meditaciones que fijan el non plus ultra de la literatura agónica.

Unamuno o la pasión por la civilidad en medio de la incivildad de la guerra. De ahí su vigencia, que también es la de Salamanca, ciudad de diálogo y controversia;

de ahí la pertinencia del programa anunciado por Fernández Mañueco, porque hablar de Unamuno implica volver en serio sobre las cuestiones eternas del hombre y sobre los todavía irresueltos problemas de España; y de ahí la sazón del estudio exhaustivo de Blanco Prieto, uno más y nunca uno menos en la oceánica bibliografía a propósito (a veces a despropósito) del creador de la nivola, que no cesa de crecer en prueba de la permanencia de su obra

"Sua ventura ha ciascun dal di che nasce", desde el día en que nace tiene cada uno su destino, escribió Petrarca: el de Unamuno y Salamanca fue el de encontrarse para fundirse. Celebrémoslo siempre, aprovechando la coyuntura a lo largo de este 2012. Oportunidad sin oportunismo.